

‘Ser voluntario es manifestar el derecho y la necesidad de participar y expresar la ciudadanía plena’



José Alberto Vicente

FUNDACIÓN EDE Y FUNDACIÓN HARRIBIDE

José Alberto Vicente es uno de los impulsores más destacados del voluntariado vizcaíno, ámbito en el que lleva colaborando más de treinta años. Participó en el surgimiento de la Fundación EDE y Suspergintza Elkartea, y ha participado en Euskalerriko Eskautak, la Fundación Harribide o la Federación de Entidades Cristianas de Tiempo Libre (Didania), entre otras muchas iniciativas. En reconocimiento a la labor de este sacerdote, la Diputación de Bizkaia le otorgó el premio Utopía en 2009.

En estos más de treinta años de actividad, ¿cuáles han sido los principales cambios que has percibido en el mundo del voluntariado?

Lo que ha cambiado sustancialmente no es el voluntariado, sino la sociedad, y las personas nos hemos tenido que ir acomodando al nuevo entorno social. Esto ha influido en las posibilidades y formas de ser voluntario. Hoy día un joven no tiene problemas por querer ser solidario y hacer organizadamente cosas. Lo que le quita el tiempo son las respuestas que la sociedad de hoy le exige dar: los estudios, el empleo, la familia, la vivienda, los hijos... Se le exige más. Todo es un poco más complicado que antes. Y eso supone que no queda tiempo para desarrollar la capacidad de entregarnos a la acción voluntaria de servicio a los demás. La sociedad le exige un nivel de dedicación a las ‘cosas propias’ que le hace más esclavo de ellas. Tanto ayer como hoy hay buenos y malos voluntarios y voluntarias. Los buenos de verdad apuestan y se identifican con los proyectos y los sacan adelante. Se centran en las personas, actúan con ellas, las potencian y denuncian las situaciones denunciadas. No miran las horas, ni el reloj, ni el teléfono: apuestan a tope. Los malos voluntarios o voluntarias de ayer y de hoy están en la acción voluntaria por intereses personales y actúan en la medida que les son satisfechos. Su apuesta es sencilla y moderada, cumplen, y parece que están como a disgusto en la organización y en la acción.

Parece que hacen un favor. Y todo ello hace que estén como ‘a medias’. También están los voluntarios y voluntarias que entran en la acción voluntaria por compromiso, por seguir a alguien conocido o motivaciones parecidas. Pero algunos de éstos descubren poco a poco el valor de lo que hacen y van cambiando su forma de ser persona voluntaria. Por ello, es muy importante la organización, los apoyos que reciben, el ejemplo que te dan otros, y el cuidado que cada organización debería tener para con su voluntariado.

¿En qué medida el voluntariado sigue teniendo sentido en nuestra sociedad? ¿Cuáles serían, a tu juicio, los principales retos que tiene planteados?

La acción voluntaria es uno de los valores añadidos de las personas y de las entidades en las que se coordinan. No sólo tiene sentido, sino que es fundamental. Es una forma nueva de construir la sociedad, completando la democracia existente, pasar de la participación reivindicativa a la participación real de gestión. La acción voluntaria exige de la persona voluntaria haber tomado conciencia de su papel activo en la sociedad y en el territorio en el que se desenvuelve, y de la necesidad de ser protagonista del desarrollo local. Ser voluntario o voluntaria y organizarse participativamente en entidades sociales sin ánimo de lucro es manifestar públicamente el derecho y la necesidad de participación y de expresar la ciudadanía plena. Pienso que un reto actual e importante es abrirse paso ante los responsables locales o territoriales para poder ejercer el derecho de ciudadanía. Y en este sentido, cabe señalar cómo los responsables políticos ponen muchísimas trabas a la participación. Se habla mucho de ella, pero en realidad se tiene miedo a que el ciudadano pueda participar. Apostar por la participación es funcionar con claves muy distintas de las actuales. Por un lado, supone entender que la responsabilidad de los políticos es administrar todos los recursos del territorio, no montar el ‘chiringuito’ propio. Y un recurso importantísimo son las personas y sus capacidades. Pienso que este recurso está muy mal aprovechado en casi todos los lugares que conozco, y que se están derro-

chando potenciales incalculables. La Administración funciona como si de una empresa privada se tratara. Lucha en competencia con entidades sin ánimo de lucro locales como si en ello le fuera el pellejo. No asume el papel de administrador de los recursos sabiendo que el 'chiringuito' no es suyo. Cuesta cambiar de claves y tener una cultura participativa.

La mayoría de entidades de voluntariado cuentan ya con personal contratado. ¿Qué oportunidades y riesgos plantea la profesionalización en este ámbito?

Éste es un tema interesante. Por definición, una persona voluntaria realiza la tarea gratuitamente. Es un profesional de su tema que no pide gratificación económica, ni contrato laboral, pero sí tiene contrato de voluntariado. El personal contratado es también otro profesional, que sí tiene gratificación por la tarea que realiza y tiene contrato laboral. Pero ambos buenos profesionales tienen una cosa en común: la preparación y capacitación para realizar sus tareas, y la conciencia y vocación de servicio desde las tareas que realizan en las entidades en las que desarrollan su labor. Cuando entramos en temas de dinero, se complican las cosas. Yo prefiero enfocar las cosas desde la disposición de servicio, la dedicación de las personas y la profesionalidad con que se desarrolla la acción, y no desde el dinero y las horas que se dedican. En cierta medida, parece que ser voluntario o voluntaria es poca cosa, y ser contratado y remunerado es cosa de gran valor. Ciertamente, defiendo que en una entidad no puede haber voluntariado que sustituya real o encubiertamente puestos de trabajo. Y también defiendo que el personal remunerado debería funcionar con la conciencia que se le supone a un buen voluntario. Es falsa la identificación de persona contratada como estable y segura, y la del voluntariado como débil e inestable. Son papeles complementarios, y cada uno tiene sus fortalezas y sus debilidades. No hay nada más poderoso que un grupo de personas competentes y comprometidas con una causa, por voluntad propia y sin dependencia económica: no hay quien las pare.

¿Cómo está afectando la crisis económica a la gestión de las entidades de voluntariado?

¿Hasta qué punto ha incidido en la disponibilidad de voluntarios/as, su perfil y motivación?

Las personas mayores voluntarias, la mayoría jubiladas, no tienen, en general, problemas para dedicar tiempo a labores de voluntariado o a otras tareas. Las personas jóvenes tienen más problemas: los estudios, la búsqueda de empleo. La vida social, las costumbres habituales hacen que la dedicación voluntaria sea más débil, más escasa en tiempo y, a veces, también en profundidad vocacional. Hoy día el voluntariado joven mide mucho el tiempo que dedica y pone por delante de este tipo de tareas –que, dicho sea de paso, le dan muchas satisfacciones– su desarrollo individual, entendiendo por éste solamente la profesión (estudios, empleo) y la vida social. Muchas veces la motivación que anima a estas personas jóvenes es 'echar

una mano', pero no hay implicación profunda con el proyecto y, por lo tanto, no lo hay con las personas destinatarias de la acción voluntaria. La crisis no ha afectado mucho a las entidades de voluntariado. Estas entidades 'siempre han estado en crisis', no han tenido apoyo institucional, más allá de algunas subvenciones. Su tarea y finalidad no ha sido comprendida en profundidad, más que cuando han aportado algo gratuitamente. Han estado siempre en crisis, porque han tenido que luchar constantemente para poder vivir sin la ayuda de nadie. Hoy día existen apoyos fundamentales, como las escuelas de formación, las agencias de voluntariado o los hoteles de asociaciones. Éstos sí que son apoyos, pero faltan otros, como la verdadera administración de los recursos que tenemos en los municipios, cuya gestión es responsabilidad de la administración local, territorial o autonómica. ■

El sentido del voluntariado

José Alberto Vicente comenzó en el voluntariado muy joven: "hacia los 14 años, dediqué una parte de las vacaciones del verano a colaborar en unas colonias de verano. Fue tal la sensación que tuve que he repetido hasta el día de hoy". La experiencia, dice, fue dura,

pero también muy agradable, porque vio que servía a los chavales y chavalas a quienes había acompañado, descubrió el valor del trabajo en equipo y tomó conciencia de su responsabilidad como ciudadano activo. "Mi experiencia no parte de haber reflexionado, sino de la decisión de ponerme a hacer algo, que posteriormente fui reflexionando", comenta. Y añade "ser voluntario o voluntaria es una gran suerte para desarrollarte como persona y sentirte útil por la colaboración que prestas a la mejora de la calidad de vida de las personas, desde distintos ámbitos, y a construir una sociedad más justa y humana".

A lo largo de su trayectoria, José Alberto ha colaborado con muchas personas en el desarrollo de grupos, asociaciones y proyectos de voluntariado. Es un gran conocedor de los gru-

pos de tiempo libre y de la aportación social que realizan: "de estos espacios, donde se plantea el ocio, no como consumo, sino como posibilidad de crecimiento, han salido infinidad de personas que hoy están en las entidades sociales y en puestos de responsabilidad en los que se nota un talante especial". Por eso reclama el apoyo de las instituciones, que, mediante convenios, garanticen la estabilidad económica de estas iniciativas. Advierte que no hacerlo significaría "potenciar 'el suicidio' de la participación y de la corresponsabilidad cívica, así como provocar un derroche injustificado de medios. Que la Administración dé las cosas hechas y organizadas es un paternalismo inadmisible en una sociedad que quiere ser participativa, y lo mismo cabe decir de fomentar un consumo que destruye la iniciativa de las personas".